

Reflexiones finales

Aquí finaliza el tercer volumen de la serie *Pueblos mágicos. Una visión interdisciplinaria*, que conjunta los trabajos de investigación derivados del Proyecto de Ciencia Básica Conacyt “Los imaginarios del turismo: el caso de los pueblos mágicos”. La serie ha presentado estudios de caso específicos y ofrecido un panorama amplio de la diversidad y la unidad que constituyen los pueblos mágicos. Esto a partir de un número estimable de ejemplos. En este volumen se sumaron 23 localidades, con lo cual se alcanzó un total de 61 pueblos analizados.

Una constante en los capítulos de estos volúmenes fue la presencia de una tensión entre lo particular y la estandarización. Por un lado está la riqueza cultural, histórica y patrimonial específica, así como la problemática particular de cada lugar y, por otro, la tendencia a la homogeneización de los destinos distinguidos —mediante la marca— como si se tratara de sucursales de un pueblo mágico ideal. Otro hallazgo fue constatar que el turismo no representa la panacea ni la salvación de las localidades. No es ni puede ser el camino y la garantía del desarrollo económico y el aumento en la calidad de vida y el bienestar de las poblaciones receptoras, tal como el Programa Pueblos Mágicos (PPM) plantea.

Asimismo, esta serie de, hasta ahora, tres volúmenes ha dado cuenta del enorme patrimonio que albergan los lugares analizados, irreductible al inventario de los atractivos turísticos ofertados al visitante. Se trata de un patrimonio que escapa, en última instancia, a las dinámicas turísticas del mercado por constituir identidades y sentidos colectivos. Sin embargo, también se ha

constatado que dicho patrimonio se ve amenazado por la certeza capitalista de que todo puede ser vendido, consumido, utilizado. Bajo esta lógica el verdadero valor del patrimonio es de uso e intercambio, y bien puede reducirse a ser una mercancía que dejará ganancias, cuando menos, a los pocos que se encuentren bien posicionados en el poder político o en el económico. De aquí se desprende la enorme diversidad cultural, patrimonial, histórica, social y geográfica de los pueblos mágicos y, por tanto, su imposibilidad de ser reducidos a un modelo único, listo para circular en el mercado turístico.

Por otro lado, los autores también han dirigido sus reflexiones a los procesos positivos hallados entre los distintos beneficios que el programa ha generado en casos específicos: la puesta en valor de patrimonio antes desconocido o ignorado; la activación de economías locales; las dinámicas incluyentes y participativas en la generación de opciones creativas para ofrecer a los visitantes; la recuperación y reivindicación de determinadas expresiones culturales; la generación de empleos y establecimiento de nuevas formas de tomar decisiones, negociar y acordar; en suma, las buenas prácticas que merecen ser tomadas en cuenta y difundidas.

Dos conclusiones generales se desprenden de estos ensayos: la imposibilidad de que el turismo pueda generar, por sí solo, crecimiento económico, desarrollo y bienestar social, y que no hay (ni puede haber) un único modelo de pueblo mágico, así como que es necesario —para fines de autenticidad en la experiencia turística, pero sobre todo por respeto a las poblaciones locales y su vínculo con el patrimonio propio— preservar la diversidad, la irreducibilidad y lo específico.

Este volumen da continuidad al sentido de la investigación completa: aparecen problemas y temas ya presentes en las otras dos partes. A su vez, este libro presenta nuevos problemas, lo que nos habla de la riqueza de los casos estudiados, así como de la mirada abierta de los investigadores al abordar sus casos de estudio.

Como bien sabemos, el PPM cuenta ya con más de un centenar de pueblos distinguidos con la marca. Entre éstos encontramos destinos con una sólida tradición turística, así como otros con poca o nula experiencia en el ramo. De

tal suerte, algunos pueblos mágicos eran de antemano exitosos destinos turísticos, ya fuera por su patrimonio natural, religioso, histórico, gastronómico, artístico o cultural. En esos casos se da un fenómeno particular. El programa se *monta* en dichas tradiciones turísticas previas, como en el caso de Magdalena de Kino, con una trayectoria de turismo religioso ya consolidada. Este fenómeno se complementa con otro más: el uso de los recursos del PPM para fines específicamente religiosos. Parece ser que buena parte del dinero proveniente de esta iniciativa, generalmente destinado a obra pública o de imagen urbana, se invierte en iglesias y capillas porque ello responde al imaginario y a las prioridades de ciertos actores.

Otro caso de un lugar con un sólido patrimonio histórico es Dolores Hidalgo. Aunque se encuentra entre dos destinos turísticos por excelencia, la ciudad de Guanajuato y San Miguel de Allende, su patrimonio histórico ligado a la Independencia ha sido fuente privilegiada para la construcción del imaginario nacionalista mexicano. Por tanto, la marca pueblos mágicos está muy poco presente en el paisaje y no es central en la dinámica social y turística, ni tampoco en las expectativas de desarrollo y progreso. Un caso más ligado a los anteriores es Comala, donde se manifiesta una conexión con el México profundo (lo que sucede en muchos lugares del país) que se despliega en estratos de experiencia que rayan en lo inefable. Frente a esto, el arte —la literatura y la pintura específicamente— se vuelve camino de acceso, de reflexión, a la vez que patrimonio local.

Por otro lado prevalece el uso del discurso del progreso y el desarrollo para promover la actividad turística e insertar a los destinos en el mercado, como en el caso de Lagos de Moreno. Para los autores el turismo se vuelve retórica del desarrollo. El patrimonio adquiere un valor de cambio y se convierte en mercancía simbólica, en recurso. Y por más que se hable de la función identitaria y del sentido de pertenencia de la puesta en valor del patrimonio, queda la duda de si no se desvirtúa el sentido del mismo de manera que los habitantes terminen por alterar su relación con sus referentes simbólicos y culturales. También hay casos en que el turismo cultural del PPM parecería favorecer la promoción y la conservación del patrimonio, así como la posibilidad de

crear (o fortalecer mediante la reactivación) un sentido de pertenencia. Lo anterior sucede en Jerez, donde el turismo podría generar mecanismos para frenar la migración.

Así como el PPM ha incorporado lugares que son destinos turísticos consolidados, exitosos, donde los actores han acumulado una gran cantidad de experiencia en la materia, también ha sucedido lo contrario. Se han incluido sitios sin experiencia ni trayectoria turística, con una limitada o nula infraestructura para dar alojamiento y atención al visitante, y que se encuentran lejos de cualquier proceso que ponga en valor el patrimonio local. Esto se ha hecho, tal vez, sin una clara noción de lo que podría convertirse en atractivo turístico. En pocas palabras, se ha dado el nombramiento a lugares sin el capital necesario para enfrentar un reto de tal envergadura. Es el caso de Xala, Nayarit, donde tal situación va de la mano —¿como causa?, ¿como consecuencia?— de la falta de afluencia turística. Este caso en concreto es cuestionado por el autor del capítulo correspondiente, quien se pregunta si se podrán compensar la inversión y los esfuerzos realizados con tan pocos visitantes. Lo mismo pasa con Xicotepac, que además de no ser tradicionalmente turístico y no contar con afluencia de visitantes, tampoco cuenta con inversiones: las ganancias se van del lugar, el dinero no se queda ni se reinvierte. Los ingresos se reducen a aquellos que provienen directamente del programa. De este modo, dichos apoyos no cumplen su cometido de reactivar economías locales.

Una situación similar a la descrita está en los pueblos que históricamente se han configurado como lugares de paso, es decir como parte de una ruta mayor hacia otras localidades o actividades. Dichos lugares, al ser designados pueblos mágicos, se introducen en situaciones tensas, de presión, entre aprovechar la distinción o continuar con la trayectoria consolidada. Por ejemplo, a través del tiempo se construyó un imaginario de El Rosario como ciudad asilo que albergaba a mineros y viajeros, y aunque ya es pueblo mágico, el turismo nunca ha sido una actividad relevante en el lugar. Apenas emerge un turismo ligado a la actividad minera, pero incluso uno de los más grandes hoteles del lugar estaba destinado a dar hospedaje a gente que cazaba en la región. Igualmente,

Calvillo, en Aguascalientes, siempre ha sido un sitio de paso. Apenas a tres años de haber recibido el nombramiento, se ha gestado un impulso creativo por dar vida a la dimensión turística del lugar y por aprovechar el turismo de naturaleza que ya existía previamente, aunque aún se percibe una escasa colaboración de los actores involucrados.

San Joaquín de la Palizada, lugar fronterizo en muchos sentidos a lo largo del tiempo, se inserta en el programa federal en un contexto de quebranto económico. Esto a partir de la crisis en que entran las actividades productivas fundamentales del lugar. En esa coyuntura, el PPM promete, por una parte, el ansiado desarrollo y, por otra, la conservación del patrimonio natural y cultural, vinculado siempre con la identidad de su habitantes.

Es una constante en los estudios de caso sobre pueblos mágicos —que no buscan regularidades ni generalidades— encontrar fenómenos similares que apuntan al fracaso de un modelo dirigido a generar derrama económica que se traduzca en desarrollo, bienestar, calidad de vida, empleos o crecimiento. En estos casos fallidos, las (pocas o muchas) ganancias se quedan en unas cuantas manos; entre funcionarios y operadores (que a veces son los mismos), o bien, en empresas externas al lugar. En algunos casos, como el de Tzintzuntzan, incluso la élite en el poder ha impuesto un imaginario que rechaza las pautas locales y excluye a la población, tanto en la toma de decisiones como en el funcionamiento y los imaginarios del pueblo como destino turístico. No sólo se apuesta por las apariencias, sino que éstas se imponen desde arriba.

De manera similar a Tzintzuntzan, el pueblo de Tlatlauquitepec, ubicado en Puebla, ha sufrido una toma de decisiones unilateral por parte de las autoridades gubernamentales. Esto en lo que respecta a las modificaciones en la dinámica urbana, que han sido arbitrarias con tal de poderse acceder a la designación y a los recursos. La población local es excluida y presionada con el fin de que entre a un proceso para el cual no está preparada. La gente se encuentra desprotegida y a merced del caos vial, de prohibiciones y de pocas salidas a su situación. Como en otros casos, un atractivo del pueblo son sus casas antiguas, las cuales se han preservado simple y sencillamente por la

pobreza y la carencia de recursos para remodelar o reconstruir. A veces no es fácil distinguir la preservación del patrimonio por su valor, de la conservación por falta de recursos.

En algunos casos tratados en los dos volúmenes previos, si el pueblo mágico cuenta con recursos, la tendencia ha sido modernizar —y no conservar lo antiguo— de acuerdo con las pautas imperantes en el imaginario de muchos de los actores sociales.

A veces, la exclusión de la población se expresa mediante un total desconocimiento por parte de los habitantes sobre cómo funciona el programa. Lo anterior sucede en Pátzcuaro, Michoacán, cuyos habitantes continúan inmersos en su cotidianidad cargada de sólidos referentes identitarios. Tal como Dolores Hidalgo y Comala, Pátzcuaro cuenta desde hace mucho con una afluencia turística sólida y con una gran experiencia en el tema.

Sin embargo, en el caso de Jalpan, si bien hay un relativo desconocimiento del PPM por parte de la mayoría de la población, también existen genuinos proyectos para reactivar la esfera de lo cultural. Esto mediante el rescate de tradiciones que están en el olvido. Para este pueblo estar ubicado en una reserva ecológica protegida, dentro de una zona patrimonio de la humanidad, ha hecho que en sus estrategias turísticas los responsables tengan que apearse a los lineamientos sobre turismo sustentable emitidos por la Organización Mundial del Turismo. Esto es muy favorable en términos de conservación medioambiental y cultural.

En Tequisquiapan, Querétaro, también hay una clara distancia de la población con respecto al PPM, lo que deriva en escepticismo respecto de la *magia* proclamada. Ello se debe a que las autoridades asumen que pueblo mágico es sinónimo de primer cuadro de la ciudad, lo que conlleva al descuido y abandono del resto del lugar. La población reporta, asimismo, que su patrimonio, el agua (y la flora y la fauna dependientes de ella), se ha perdido, lo que implica un grave deterioro ambiental.

El análisis sobre Malinalco, Estado de México, resulta interesante por evidenciar un problema presente en muchos destinos turísticos culturales. Éste altera profundamente las dinámicas locales; se trata de la presencia de

estructuras socio-espaciales ajenas al lugar. En el caso de Malinalco, el Club de Golf y el desarrollo del turismo de segunda residencia no sólo transformaron el territorio, sino que aceleraron los procesos complejos de transculturación, además de desterritorializar a la población local. A veces se apuesta por lograr el desarrollo sostenible, pero a costa de banalizar y descuidar la riqueza cultural ancestral de las zonas. Así fue el caso de este pueblo mágico en concreto.

Mientras que algunos funcionarios municipales, autoridades y empresarios han sacado provecho del programa con más o menos utilidad, con mayor o menor esfuerzo, hay casos en que, ante una situación de desventaja frente a otros destinos turísticos, los tomadores de decisiones realizan un diagnóstico de su localidad. Hacen esto para poner manos a la obra y revertir los procesos que no benefician ni promueven la competitividad y el desarrollo. En Yuriria, Guanajuato, pueblo mágico en desventaja frente a otros pueblos mágicos y frente a otros destinos ubicados en el estado, las autoridades se propusieron, desde la plataforma de la gestión pública, hacer un diagnóstico de fortalezas y debilidades, reactivar el comité de pueblos mágicos y diseñar y aplicar acciones con vistas a consolidar el lugar como destino turístico.

De manera similar, en Comitán, Chiapas, se han desarrollado diversas estrategias que buscan el consenso entre diferentes actores dentro y fuera del municipio. Pensar el alcance del turismo en términos regionales, y no locales, ha permitido sentar las bases para acuerdos y apoyos basados en buenas relaciones con los municipios colindantes.

En algunos casos, problemáticas externas a la lógica turística merman e, incluso, destruyen el tejido social y, con ello, toda posibilidad de recibir visitantes y beneficiarse. En Santiago, Nuevo León, la violencia tuvo un impacto fuerte en la dinámica social y turística, y la gente tendió a la reclusión. Con estrategias bien pensadas, dirigidas a fortalecer el imaginario de la seguridad, se ha podido revertir la situación.

Con respecto a la riqueza patrimonial, presente en todos los pueblos mágicos, tienden a generarse contradicciones que afectan los destinos turísticos. Por ejemplo, el principal atractivo de Bernal es la peña, Patrimonio Cultural Inmaterial según la UNESCO, de la que deriva una geografía sagrada. Además,

cuenta con un pasado prehispánico, así como con capillas coloniales que condensan un enorme legado cultural. Sin embargo, los actores involucrados en las dinámicas turísticas se han dado a la tarea de convertir Bernal en un “pueblito típico mexicano” para cumplir con el imaginario local de lo que debe ser el imaginario del turista. Con tal de tratar de cubrir las posibles expectativas del visitante que puede dejar recursos en el lugar, se deja de lado la verdadera riqueza patrimonial con que se cuenta.

En la práctica turística hay un encuentro entre visitantes y oriundos; aunque se trate de turismo nacional, dicha actividad vincula lo local con lo global; se desea preservar lo específico, lo especial y lo particular de cada destino, pero a la vez incrementar la eficiencia, las comodidades, los atractivos (el patrimonio convertido en atractivo o la invención de entretenimiento al gusto del cliente). Lo local, con toda su riqueza y su inconmensurabilidad, se ofrece como objeto de consumo, apelando a un contexto —global, cosmopolita o, por lo menos, urbano— que poco o nada tiene que ver con el lugar.

Papantla, Veracruz, perdió la nominación por no apearse a las normas relativas a la venta ambulante y a la imagen urbana. Años después volvió a entrar al programa. Este caso resulta interesante porque, a raíz de la pérdida de la distinción, hubo un descontento expresado en “echarle la culpa al otro”. Mientras que para los pobladores el exalcalde incumplió con lo que debía hacerse, para algunas autoridades fue el pueblo quien no revisó lo que estaba haciendo mal. La sensación tras la inconformidad que generó la salida de Papantla del programa es que se vendió la idea de que ser pueblo mágico era sólo una distinción en tanto reconocimiento y que no implicaba responsabilidad o acción alguna. Sin afán de señalar culpables, el caso manifiesta una serie de irregularidades vinculadas con la concepción y la puesta en marcha de ciertas políticas públicas, toma de decisiones, exclusión de la población y falta de capacidad en la regulación de ciertos procesos y en la preservación del patrimonio.

El presente volumen cuenta, además, con estudios de caso de dos pueblos que salen de la norma y por ello enmarcan y dan sentido, de alguna manera, a la propuesta del programa explicitada y cristalizada en muchos contextos

particulares. El primero es similar al caso de Papantla: Mexcaltitán, pueblo mágico de 2001 a 2009, año en que perdió la nominación definitivamente, y cuya población expresó enojo y resentimiento por la forma en que las diversas autoridades manejaron el proceso y los recursos, así como por la poca participación que tuvieron. El programa fue visto por algunos como una oportunidad; la nominación, como una imposición que no benefició a la comunidad.

El segundo es Tenosique, localidad que se ha preparado durante mucho tiempo para poder convertirse en pueblo mágico y que muy probablemente ya no lo pueda lograr por las restricciones impuestas al programa en 2015, año en que se cerró la posibilidad de ampliar el número de nominaciones. Dicha preparación incidió en el ordenamiento territorial a la par que en la construcción del imaginario afín a la nominación. Tanto Mexcaltitán como Tenosique son casos tangenciales al programa; están fuera pero cerca de su órbita y permiten una mirada desde otra perspectiva.

Es un hecho que el PPM afecta las dimensiones política, social, económica y cultural de los lugares a los que llega. Nunca es indiferente; siempre genera cambios, tanto positivos como negativos. Sin lugar a dudas, buena parte de los conflictos que aparecen en estos destinos derivan de decisiones unilaterales, de la politización del programa, de sobreponer intereses particulares o avedez de recursos a las necesidades y a los ritmos de las comunidades locales.

La realidad es que no basta con que un lugar cuente con atractivos turísticos, como ha establecido el programa mismo. Se requiere cubrir muchos otros requisitos, además de tomar en cuenta, activamente, a las poblaciones locales: entender sus ritmos, sus negativas a entrar en dinámicas económicas, sociales y culturales nuevas; sus necesidades materiales y psicológicas, así como su escepticismo frente a las acciones de los gobiernos locales.

Una vez cerrado el programa, con reglas claras y bien establecidas, y quizás con suficientes diagnósticos críticos, será interesante observar la evolución de los destinos *mágicos*, así como de qué manera —y con qué instrumentos— se enfrentan a los retos que la gran mayoría presenta con respecto a las paradojas del desarrollo en el contexto capitalista (o más bien neoliberal, en nuestro caso como país en vías de desarrollo). Estas paradojas, concretamente,

serían, en primer lugar, la tensión existente entre el desarrollo económico vía la industria turística (y el apoyo gubernamental vinculado) y el desarrollo y bienestar humanos; en segundo lugar está aquella que se establece entre la lógica del turismo (pensada como fuente mayoritaria de ingresos, como derrama económica) y la verdadera preservación del patrimonio natural y del medio ambiente.

Pueblos Mágicos. Una visión interdisciplinaria cuenta ya con tres volúmenes que conjuntan estudios de 61 localidades distinguidas con el nombramiento, más de la mitad de los pueblos mágicos definitivos hoy por hoy. Cabe destacar que el trabajo colectivo, siempre interdisciplinario y crítico, ha sido muy enriquecedor para los integrantes del proyecto. Lejos de ser una investigación abarcadora y exhaustiva, se ha recuperado el espíritu del estudio de caso: ir a lo particular de cada pueblo para rescatar lo peculiar, la historia, el proceso, lo subjetivo, siempre enmarcado por condiciones —estructurales o no— que superan las acciones y los sentires particulares. Sin buscarlo expresamente, se han llegado a detectar constantes, algunas ya mencionadas en estas reflexiones, lo cual es siempre un objetivo deseable de la investigación en ciencias sociales: acumular datos, pruebas y ejemplos que nos permitan una comprensión mayor de la complejidad humana y social.

María Elena Figueroa Díaz



Pueblos mágicos. Una visión interdisciplinaria, volumen III, obra coordinada por Liliana López Levi, Carmen Valverde Valverde y María Elena Figueroa Díaz, se terminó de imprimir el (pendiente) de 2017 en los talleres de (pendiente).